

JOAQUIM MUNS



© ELOI BONJOCH

AMADEU PETITBÓ CATEDRÁTICO DE ECONOMÍA APLICADA DE LA UNIVERSIDAD DE BARCELONA

—Creo que esta entrevista podría girar en torno a tres grandes temas, sobre los que el profesor Muns tiene amplia experiencia y bastantes cosas que decir. Uno de estos temas, el primero, sería el de la Universidad y la enseñanza de la economía en la Universidad. El segundo sería su experiencia en el Banco Mundial y en el Fondo Monetario Internacional. Y el último tendría que ver con aspectos muy concretos de nuestra economía inmediata: la economía española.

Empecemos por el primero: creo que hay una cuestión que, como universitarios y como estudiosos de la economía, nos interesa y que deriva de las fuertes discusiones que se produjeron en el mundo del análisis económico, sobre todo en la década de los años setenta y en los inicios de la década de los ochenta, sobre la pertinencia de determinadas aproximaciones o la poca viabilidad de estas aproximaciones. En el mundo anglosajón surgieron opiniones que se oponían a los planteamientos estrictamente neoclásicos; me refiero, sobre todo, a la Escuela de Cambridge. Por otra parte, fundamentalmente del lado de las universidades norteamericanas, salieron nuevos planteamientos que enlazaban bastante con los planteamientos liberales. Todo esto ha desembocado, hoy, en una síntesis y una actualización de los planteamientos neoclásicos, que se basa en principios algo diferentes de los de la década de los setenta. En este sentido, le querría preguntar cuál es en su opinión respecto al estado actual de la ciencia económica, no tanto como ciencia abstracta sino, sobre todo, como respuesta a algunos de los graves problemas que se plantean en la economía occidental.

—La pregunta es delicada de responder. Es muy profunda, pero es muy interesante. Intentaré decir lo máximo que pueda y sepa. Me parece que la ciencia económica, como todas las ciencias sociales, está continuamente relacionada con el marco que le rodea. Son respuestas coherentes, técnicas, a problemas que la rodean. Entonces, en estos momentos, hay un cambio radical en el marco social en que se desarrollan la ciencia económica y todas las demás ciencias sociales, de modo que se produce una revisión fundamental de los grandes ejes de pensamiento de la ciencia económica, más o menos heredados del pasado reciente, el keynesianismo, el pensamiento neoclásico, etc. Creo que todos están en revisión, porque ninguno acaba de dar respuesta a los grandes problemas de este



momento. ¿Tenemos, actualmente, posibilidades de construir un aparato científico que nos permita entender bien, o bastante bien, la realidad y, por lo tanto, pronosticar con un grado razonable de acierto? Creo que no; es muy difícil, porque la realidad social está evolucionando a una velocidad y con una intensidad que no deja tiempo para solidificar o cohesionar los pensamientos en reflexiones sobre la ciencia económica. Por lo tanto, creo que deberemos vivir un tiempo con pensamientos insuficientemente ligados o insuficientemente sólidos para entender lo que nos pasa, pero, al mismo tiempo, creo que puede afirmarse que el pensamiento económico es de gran versatilidad. Es decir que, por ejemplo, toda la teoría de las expectativas, la teoría de la oferta, todos estos elementos que son intentos de hallar explicaciones a lo que está pasando, se han sucedido de forma bastante rápida. Es decir, que existe una respuesta y que la respuesta no ha conseguido hallar un cuerpo de doctrina lo bastante válido como para interpretar los hechos. Por lo tanto, creo que nos falta efectivamente un instrumento para interpretar lo que ocurre, pero soy relativamente optimista porque la ciencia económica ha demostrado cierta madurez en el momento actual y capacidad para evolucionar rápidamente, desfasada con la realidad, pero lo ha intentado. Es decir, no lo ha dejado correr.

—El problema tal vez sea, también, que las estadísticas que nos sirven de base salen con retraso y no son adecuadas a los sistemas analíticos que utilizamos.

—Correcto. Creo que es verdad. Creo también que es cierto que estamos viviendo de conceptos, de ideas y de relaciones

de causalidad que están un poco envejecidas. Por ejemplo, muchas veces, cuando leo el periódico creo que se vive un poco de tópicos. Me parece que falta una mejor relación o una incorporación más plena de lo que podríamos denominar fenómenos de psicología de masas en lo que es la economía. El análisis económico es demasiado racional. Deriva de una época en la que el estado dominaba una serie de instrumentos económicos importantes y se suponía que la respuesta del ciudadano era la racionalidad con respecto a la asignación de recursos. Nos han enseñado la teoría de la elección racional en el marco de una escasez de medios. Ahora la cosa es mucho más complicada y, muchas veces, los mercados, que son terriblemente imprevisibles, se mueven por unas expectativas, unas interpretaciones absolutamente sutiles, que están dominadas por la desinformación, la mala interpretación, la exageración, el miedo..., es decir, por fenómenos no racionales. El acoplamiento de todo esto a una economía social no es efectivo. Ésta es la gran tarea, es decir, ¿cómo puede acoplarse la economía con todo el bagaje que, intelectualmente, tenemos acumulado con esta dimensión técnica, con lo que ha significado la entrada de una serie de fenómenos masivamente sociológicos y psicológicos. ¿Cómo puede hacerse? Creo que el próximo gran economista, el próximo Keynes, será el hombre que vinculará estas cosas: la economía tradicional con la psicología de masas.

—Y las cosas tal vez se compliquen cuando se pasan de un contexto nacional a un contexto internacionalizado. ¿El control de lo que ocurre más allá de las fronteras nacionales es casi imposible?

—Exacto. Todo lo que he dicho se hace mayor, más importante, más errático y más decisivo.

—Hay una cuestión que, según creo, puede observarse en estos momentos y en nuestras universidades; se trata de cierto éxodo de profesores que ha hecho una gran tarea durante muchos años. Nuestra realidad económica y política se ha ampliado y diversificado, y personas con buenos conocimientos, que eran difundidos a través de las aulas universitarias, han tomado una decisión: han elegido otros foros donde poder expresar sus ideas y donde poder llevar a cabo su aplicación. ¿Por qué se ha producido este fenómeno? ¿Tal vez porque llega un momento en que se desea ampliar horizon-

tes, por cansancio o porque nuestra universidad tiene todavía unos objetivos excesivamente limitados?

—Existen distintas razones. En primer lugar, porque algunas materias necesitan ser contrastadas de vez en cuando. Soy catedrático de Organización económica internacional. La organización económica internacional no es algo abstracto; es una realidad que se desarrolla día tras día. De modo que, tradicionalmente, he llevado a cabo muchas excursiones por esta realidad. He hecho de historiador del país. He procurado ver la economía desde distintos puntos de vista y, ahora, he pensado que sería interesante verla desde otras perspectivas. Además, hay un interés intelectual de enriquecerla por la vía de los aspectos pedagógicos con nuevas inversiones intelectuales. Eso sería la parte positiva, pero hay una parte negativa que es la falta de respuesta de la universidad a sus intereses intelectuales, unos modos de ver la ciencia y su difusión. Creo que nuestra universidad tiene grandes carencias pero no, como se dice, porque haya masificación, sino por falta de ilusión y de ambiente intelectual, me conformaría con una universidad sin recursos; hay universidades muy buenas con recursos pobres. Los recursos no lo son todo en una universidad; una universidad en un ambiente y un ambiente es una ilusión, es cierto ardor. De modo que lo que afirmo rotundamente es que nuestra universidad es una universidad reorganizada donde se acentúa el hecho de que la gente cumpla sin unos controles de calidad y donde no hay un razonable contraste con el exterior; es uno de los sectores más cerrados del país. Por lo tanto, creo que, para algunos, llega un momento en el que se encuentran asfixiados en la universidad. Cuando se unen todas estas cosas y se añaden una serie de cambios administrativos muy importantes que se han producido en los últimos años sin una razón clara, llega el momento en que uno decide cambiar de marco intelectual.

—¿Usted confía en que este conjunto de programas europeos que se están llevando a cabo en algunas universidades españolas, en concreto en la Universidad de Barcelona, a la que está dedicando grandes esfuerzos, pueden contribuir a disipar el clima de asfixia intelectual que usted ha citado?

—Creo que sí. Claro, significa una apertura. Costará y muchas veces se hará de modo mecánico, pero de todos modos la



tendencia tiene que ser en sentido positivo; todos estos programas que comportan intercambios de estudios y recursos son positivos. Ahora, aquí, la universidad está muy cerrada, muy asfixiada; hay gran cantidad de vías que costará bastante abrir.

—La opinión es muy válida. Si hay algún economista y profesor universitario que tenga vastísima experiencia en el campo internacional éste es, precisamente, el profesor Muns; una vastísima experiencia en aquellos campos donde, precisamente, hay muy pocos españoles, y muy pocos catalanes, como en el contexto de Banco Mundial y de Fondo Monetario Internacional. Me gustaría plantearle dos preguntas. La primera, ¿cuál fue la tarea concreta, las responsabilidades concretas, que llevó a cabo en el Banco Mundial? En segundo lugar, ¿por qué hay tan poca presencia española y catalana en estas instituciones que tienen tanta importancia en el contexto de las ayudas internacionales?

—Comenzaré por la segunda: hay poca presencia porque España, por lo general, ha ingresado en todos estos organismos demasiado tarde; eso significa que nuestra presencia es pequeña. Creo que ha sido la primera vez que se han hecho esfuerzos conscientes bastante importantes para tener, como mínimo, una presencia internacional.

En relación con mis responsabilidades en el Banco Mundial y en el Fondo Monetario Internacional, puedo decirle que fui Director Ejecutivo de ambas instituciones. Los Directores Ejecutivos son representantes de los países en el Consejo de Administración. Hay 22, que representan a

140 ó 150 países; por lo tanto, cada Director representa 6 o 7 países. Así pues representaba a Méjico, Venezuela, España, Centroamérica, Panamá...; en total unos ocho. Mi tarea era representar a estos países en el sentido de ser el interlocutor con la institución, defendiendo sus intereses. Es una tarea bastante técnica, con unas normas de funcionamiento muy prácticas. Ejercía esta tarea en representación de los países y, como miembro del consejo de Administración, supervisaba el funcionamiento de la institución: funcionamiento administrativo, funcionamiento político, funcionamiento legal, etc. Era una tarea muy interesante y muy importante.

—Algunas opiniones apuntan la tendencia de estas instituciones a actuar cada vez más por criterios de mercado, lo que puede comprometer el acceso a algunos créditos por parte de los países subdesarrollados. Las lecturas de los informes y de las recomendaciones dirigidas a facilitar que los países beneficiarios de las ayudas puedan superar sus situaciones críticas, no siempre tienen en cuenta los problemas fundamentales de estos países y, además, son medidas muy estandarizadas. Éstas se podían resumir considerando la congelación de salarios, la atención a la balanza comercial, el control del déficit público, etc... Muchas veces, este tipo de medidas, a medio plazo, cinco o seis años tal vez, pueden provocar conflictos sociales importantes. ¿Hasta que punto son ciertas esta clase de opiniones?

—En parte son ciertas y en parte son irrelevantes. Es evidente que el enfoque del Fondo Monetario Internacional es fundamental a medio y corto plazo, y como todo enfoque a medio y corto plazo es coyuntural y no estructural. Entonces, si se dice: "no, los problemas de estos países son estructurales", se está diciendo una verdad pero, al mismo tiempo se ha de hacer algo antes de que pueda obtener los cambios estructurales. Es decir, si una persona está enferma porque es muy nerviosa, porque no se cuida o porque tiene una casa que no reúne condiciones y va al médico, éste no le dirá: "váyase a casa, haga obras y transfórmela". Sino que, seguramente, el médico le dirá: "primero tiene que curarse y después podrá hacer las obras de la casa". Éste es, hasta cierto punto, el problema del Fondo. El Fondo no niega que existan problemas estructurales, pero su misión no es resolver estos problemas, nadie se lo ha pedido. Los es-

tatutos del Fondo Monetario Internacional recomiendan, sobre todo, un asesoramiento técnico y prevén la concesión de un dinero para soportar la deuda. Entonces, lo que se ha ido demostrando, y creo que eso debe reconocerse, es que cada vez se hace más difícil soportar esta deuda y resolver la salud de este enfermo que va al médico sin comenzar, simultáneamente, las obras. Porque, naturalmente, el problema que puede presentárenos es que curemos al individuo pero, cuando vuelva a casa, se ponga de nuevo enfermo. Es cierto, entonces, que, los aspectos coyuntural y estructural cada vez están más ligados; cada vez el estructural es más potente, cada vez el trastorno de la economía internacional produce más problemas que causan más repercusiones a corto y medio plazo. Por lo tanto, estas repercusiones tienen una incidencia coyuntural más importante. Con eso quiero decir que el Fondo no deja de tener razón en que existe una cosa que se llama coyuntura, una cosa que se llama emergencia y una cosa que se llama solución a corto y medio plazo. Pero también es verdad que cada vez se está demostrando que es más fácil actuar sólo desde un punto de vista. Por lo tanto, se llegará a una síntesis, por ejemplo, en que tal vez el Fondo y el Banco Mundial actúen conjuntamente y se den soporte de cara a actuaciones más completas y eso sería no sólo por parte del Fondo y del Banco Mundial sino también por parte de los gobiernos, de los bancos comerciales, etc. Seguramente la situación será tan compleja, tan fluida, tan enormemente difícil que los propios organismos serán insuficientes y, seguramente, se necesitará una actuación de los organismos más comprometida pero, al mismo tiempo, habrá un debate más amplio. Por lo tanto, el Fondo es cada vez más insuficiente por sí solo para resolver los problemas.

—De todos modos, hay países muy subdesarrollados que tendrán dificultades para iniciar un proceso de crecimiento. Pienso, por ejemplo, en Etiopía.

—Cada vez es más claro que el Fondo sigue siendo necesario, pero no suficiente. Es necesario en el sentido que introduce racionalidad económica; el Fondo es una gran máquina de racionalidad económica. Ahora bien, sucede como con quien entra en una casa y dice: "Arreglaré esta casa y lo primero que hay que hacer es ordenar los espacios para que la gente pueda moverse bien, para ver que nos falta, etc." Y



resulta que no hay nada para ordenar porque está vacía. Pero es evidente que se ha de ordenar, se ha de racionalizar. Entonces, creo que la racionalización tiene siempre un lugar, pero no es suficiente y, en la medida en que no esté, se ha de buscar lo que lo complementa. Pero no es posible hacer modificaciones en la estructura si no hay una previa racionalización. Es decir, si se tienen recursos y se malgastan, no se administran bien, no hay un sistema de precios racionales, no hay un sistema de crédito proporcional a lo que es la estructura básica de la economía, un sistema financiero adecuado, por más que se haga, con gran racionalidad económica, con gran organización económica. Por lo tanto, ambos elementos son importantes, pero cuando a veces se habla de cambiar la estructura, eso sólo no es bastante sino que, por el contrario, da alas al desarrollo de la economía, permite tener recursos; pero el elemento básico de la economía es la administración de estos recursos, la utilización racional de estos recursos, y eso es lo que hace el Fondo.

—Hablemos ahora de la economía española. En los últimos años se ha llevado a cabo un esfuerzo para romper algunas de las irracionalidades del pasado. Todo parece indicar que se han afrontado algunos problemas relativamente complejos como la Reconversión Industrial. De todos modos, quedan importantes cuestiones pendientes, por ejemplo el hecho de tener la tasa de desocupación más elevada de los países europeos. Últimamente se ha manifestado cierto desconcierto por parte de los sindicatos, etc. Parece que, por un lado, se ha recuperado el camino del crecimiento y se han conseguido tasas de crecimiento realmente espectaculares.

Algo difícil de imaginar hace cinco años. Sin embargo, este crecimiento ha puesto de manifiesto algunas de las debilidades del propio proceso de crecimiento económico, posiblemente las relacionadas con los cambios en la distribución de la renta. ¿Qué piensa de esta situación de la economía española y de cuáles pueden ser las vías de salida en un futuro inmediato?

—Estoy bastante de acuerdo con su análisis de que la economía española está en proceso de saneamiento. Creo que ha sido bastante profundo, e importantes observadores extranjeros lo han analizado positivamente. Ocurre que, como en todo, se ha de vencer y convencer, y tal vez la parte de convencer sea la que peor ha funcionado. Es una lástima porque así pueden estropearse muchas de las cosas conseguidas por medio de considerables esfuerzos. ¿Y qué significa convencer? Significa vender bien el producto, incorporar a la gente física, espiritual y psicológicamente en el proceso; saber combinar la dureza con la persuasión; saber vender y comprar; saber ser fuerte y modesto; saber predicar y dar ejemplo; una serie de combinaciones que, seguramente, nunca se han conseguido. Entonces, creo que se ha vencido, y la prueba es la aceptación de esta economía en todo el mundo, pero no se ha convencido la gente de la calle, los sindicatos, etc.; creo sin embargo que la situación es salvable, el Gobierno tiene razón al querer mantener una imagen de seriedad, pero eso no es incompatible con que se hagan ciertas concesiones, una serie de retoques. Cualquier presupuesto tiene unos márgenes de flexibilidad y creo que pueden llevarse a cabo estos retoques. Creo que la economía española está en un buen momento y que se pueden hacer retoques sin que se pierda la imagen de seriedad, los claros propósitos, la certeza. Hay aquí un punto intermedio que debe buscarse; y es posible buscarlo. Ahora bien, si la gente, los grupos sociales, el gobierno, sea quien sea, se empecinan en adoptar posiciones maximalistas, tal vez eso genere un proceso de guerra total.

La entrevista podría durar horas. La conversación con el profesor Muns es fluida y continuamente se acompaña de ejemplos y de convicciones personales. El conocimiento que tiene el profesor Muns de los problemas económicos e internacionales es poco común.

Por eso la conversación incorpora elementos de discurso universitario: rigor, seriedad, análisis, conocimiento de los hechos, experiencia personal, lectura y reflexión. ■